

EGĀN



1

1948

SUMARIO

Propósito.

Poemas para el hombre, por *Blas de Otero*.

Iesu aurra-ren bizitza, por *Manuel Le-kuona*.

«Lolo» (cuento), por *Luis de Castresana*.

Su-ondoan: San Migeleko iraunsugea.—
Jentillen akaberea.—Azkeneko mairuk.
Muski-ko jentilla.

A la memoria de José María Belderrain,
por *Pablo Bilbao Aristegui*.

PROPOSITO

EGAN, suplemento de literatura del "Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País", no persigue un propósito trascendental. Somos los primeros en reconocer el vuelo que dan a las empresas, las metas difíciles y lejanas, pero tenemos especial simpatía por las cosas que están al alcance de la mano. Y no es pereza ni comodidad, sino recelo a las actitudes profundas y los gestos profesoriales. Lo decimos desde ahora para que nadie se llame a engaño: no vamos a inventar nada ni a desentrañar misterios; haremos literatura simplemente, lo mismo que podíamos hacer música en una tertulia amable o pasear por el campo en una tarde de primavera.

El motivo no será hondo pero nos es muy grato. La poesía, por ejemplo, es un cascabel que suena bien al oído; los cuentos... ¡si nos los contaban, ya, nuestras abuelas! ¡Quién no los ha oído de niño! ¿Por qué no vamos a oírlos ahora también? Si son muy bonitos.

EGAN viene, pues, a decir poesías y cuentos; y a hablar algún rato, de literatura, pero sin pedantería, resulta mucho más agradable. Las poesías las diremos, unas veces en castellano y, otras, en vascuence; y los cuentos, también, claro, como nos los contaba la abuela, precisamente.

Con este propósito no nos apartamos un milímetro de los cauces trazados por el Conde fundador, a la Sociedad Vascongada de los Amigos del País. En la distribución del trabajo, entre los días de la semana, que hicieron en las tertulias que precedieron a la fundación, dedicaron un día, los jueves, a la

música, es decir, a solaz del espíritu. Es de creer que entre minués y gavotas hablaran un poco de literatura. EGAN será pues, algo así como los jueves de las tertulias dieciochescas del palacio de Insausti.



Erriko Literatura (au da, Ipuyak, kanta zaarrak, olerkiak, ko-
blak) beti izan da Literatura ikasia-ren iturria. Homero, Virgilio,
anchinako aldietan eta oraiko demboretan Böheme, Nikolai, Herder
Alemanian, izan dira goyen gradora eta neurrira alchatu dutenak
erritar kanta eta ipuyak eta neurtitzak, illumbeetatik argitara
eman ta.

Gurean berdin gertatzen da; Mondragoe'ko kanta zaarretatik asi
ta artzai ta aitonon ipui eta kontuetan bearr dira zopatu idazleen
lanak eta irakurgaiak, eta beyalako Itzneurtu'etan, oraiko Poesiak,
ayetan baidaude gure begi eta belarri liluratzen dituzten graziya
eta naturaltasuna.

EGAN aldizkari'choan argitaratuko dira, tarteka bada ere, Ipu
zaarrak eta kantak eta neurtizak, denen atsegiñerako eta idazle be-
rien erakusgarri bezela.



El joven poeta bilbaino Otero es uno de los valores más altos de la nueva generación literaria. Aparte numerosos poemas sueltos aparecidos en diversos lugares, publicó en 1942 un tomito de versos, «Cántico Espiritual», en el homenaje del grupo «Alea» a San Juan de la Cruz, que mereció la aprobación general, consagrando su nombre como uno de los primeros de la joven poesía española.

POEMAS PARA EL HOMBRE

¡Oh pasión de mi vida, poesía humana, mía para siempre!

J. R. J.

...porque los lleva ya Dios por otro camino...

S. J. de la C.

1

Poeta

PERO no me miréis. Miradme al menos,
 miradme, si, y ved que soy un ciego,
 un divino, celeste ciego, herido
 por dentro. Sí, por dentro. Lo que vimos,
 lo que nunca veremos, lo que ven
 los muertos, si es que ven, eso, la fe
 puede ver, verde ver, a simple vista.
 Otra fe, otra luz, otra es la mía.
 Lo que no vimos, lo que nunca vemos
 que nadie viese, ni los muertos: eso,
 ver de ver, veo yo:
 pero por dentro.

No me toqueis. Tocadme un poco, al menos,
 tocadme y sentiréis que un mar abierto
 está cerrado, aprisionado, hundido
 dentro, sumido, casi consumido,
 pero furioso, como yo, de pie.
 Tocad, si —aquí— no lo podeis creer.

Aquí: cantil de Dios y costa mía
—mi costado— arde el mar, cruje, crepita,
como un grito de Dios bajo mi pecho.
Podeis tocarlo con los dedos: eso,
fuera de mí, hago yo:
pero por dentro.

No me escuchéis. Pero escuchad, al menos,
el viento largo y sin lugar, el viento.
Escuchad, atended ese gemido
de las sombras, el viento sin destino.
Oíd, oíd, mortales. ¡Cómo se
desgarra, no se pára, tiene sed
de lejanías! Sendas infinitas
seguí, busqué. Sed tengo. Esta es la mía,
dije, y tampoco era. Estaban lejos
de mí, como los muertos: yo sin mí: eso
se acabó. Yo soy yo:
pero por dentro.

No me gustais. Pero gustadle, al menos,
a quien os hizo, a Dios, para que luego
pueda —qué gusto— comprobar que os hizo
como quería yo, como Dios quiso.
Sed lo que sois, sed sólo vuestro ser,
sinceros, vuestros. Sedle siempre fiel-
es. Cavad, excavad en vuestro centro,
Dios no está muerto, no está muerto: eso
se puede ver, vi yo:
pero por dentro.

¿Pero no oléis, no oléis un algo, al menos,
de esta rosa del mundo que, de vuelo,
de paso por el aire y tan sin ruido,
huele a Dios? Yo sí huelo. Oh vuelo ungido.
Oh rosa conmovida. Está al caer.
Cuando caigas, mi amor, te cogeré.
Te pondré en un jarrón de loza fina,
lozana, linda rosa. Gira, gira,
que Dios da vueltas y yo lo estoy viendo.
Y tocando y oyendo a gusto: ¡ay!, eso
—POETA— creo yo:
Pero está dentro.

ESTOS sonetos son las que yo entrego,
plumas de luz al aire en desvarío;
cárceles de mi sueño; ardiente río
donde la angustia de ser hombre anego.

Lenguas de Dios, preguntas son de fuego
que nadie supo responder. Vacío
silencio. Yerto mar. Soneto mío,
que así acompañas mi palpar de ciego.

Manos de Dios hundidas en mi muerte.
Carne son donde el alma se hace llanto.
Verte un momento, oh Dios, después no verte.

Llambria y cantil de soledad. Quebranto
del ansia, ciega luz. Quiero tenerte,
y no sé dónde estás. Por eso canto.

3

CUERPO de la mujer, río de oro
donde, hundimos los brazos, recibimos
un relámpago azul, unos racimos
de luz rasgada en un frondor de oro.

Cuerpo de la mujer, arpa de oro
donde, amando las manos, no sabemos,
si los senos son olas, si son remos
los brazos, si son alas solas de oro...

Cuerpo de la mujer, fuente de llanto
donde, después de tanta luz, de tanto
tacto sutil, de Tántalo es la pena.

Suena la soledad de Dios. Sentimos
la soledad de dos. Y una cadena
que no suena, ancla en Dios almas y limos.

¿ES verdad que te gusta verte hundida
 en el mar de la música; dejarte
 llevar por esas alas; abismarte
 en esa luz tan honda y escondida?

Si es así, no ames más; dame tu vida,
 que ella es la esencia y el clamor del arte;
 herida estás de Dios de parte a parte,
 y yo quiero escuchar sólo esa herida.

Mares, alas, intensas luces libres,
 sonarán en mi alma cuando vibres,
 ciega de amor, tañida entre mis brazos.

Y yo sabré la música ardorosa
 de unas alas de Dios, de una luz rosa,
 de un mar total con olas como abrazos.

ESE primer o beso o no se sabe
 tan suave y secreto que te ha dado,
 ese primer pechito a cada lado,
 entusiasmado de poder ser ave.

Esa puerta plegada, y esa llave
 de un recinto recién inaugurado,
 ese pelo, ese velo, ese rosado
 lazo que vuela por tu pelo, ingrave.

Nada son, sólo sirven de promesa,
 de pretexto de ser lo que yo quiero:
 un cuerpo entero que se abraza y besa.

Un cuerpo, una mujer, un mar ligero
 que, sobre el pecho de las ansias, pesa
 como un mar infinito y verdadero.

Sonata para un desnudo nostálgico
(Improvisación)

Al pintor R. I., por
nuestro cuadro.

¿VIENES del mar o vas al cielo? Dilo.
Oh, ser yo el mar, contigo, ser el cielo
de esas colinas suaves, de ese pelo
o nubes desgarradas hilo a hilo.

En vilo el corazón, el gesto en vilo,
subido sobre el árbol de tu anhelo,
¿qué desconsuelo miran, qué consuelo
sin velo, ay, ven en qué celeste asilo?

Dilo, sí, dime si esa suelta ala
de tu cuerpo, ese brazo que resbala,
siente, sufre, sus límites estrechos.

Dime si el mar de Dios, las olas solas
del cielo, saben sostener las olas
solas y sin romper, de tus dos pechos.

PORQUE quiero tu cuerpo ciegamente.
Porque deseo tu belleza plena.
Porque busco ese horror, esa cadena
mortal, que arrastra inconsolablemente.

Inconsolablemente. Diente a diente,
voy bebiendo tu amor, tu noche llena.
Diente a diente, Señor, y vena a vena
vas sorbiendo mi muerte. Lentamente.

Porque quiero tu cuerpo y lo persigo
a través de la sangre y de la nada.
Porque busco tu noche toda entera.

Porque quiero morir, vivir contigo
esta horrible tristeza enamorada
que abrazarás, oh Dios, cuando me muera.

PERO eso no. Que luego ha de ser mío.
Alba de Dios, estremecidamente
subirá por mi sangre. Y un relente
de llama, me dará tu escalofrío.

Puente de dos columnas, y yo río.
Tú, río derrumbado y yo su puente
abrazando, cercando su corriente
de luz, de amor, de sangre en desvarío.

Ahora, brisa en la brisa. Seda suave.
Ahora, puerta plegada, frágil llave.
Muro de luz. Leve, sellado, ileso.

Luego, fronda de Dios y sima mía.
Ahora. Luego. Por tanto. Sí, por eso
deseada y sin sombra todavía.

9

CUERPO de Dios ardido en llama oscura
por los espacios solos se derrama,
y yo también, oh Dios, oscura llama
soy, en el árbol de tu sombra pura.

Arbol de Dios, oh sí, arboladura
hundida al fondo donde el hombre ama;
y, desde allí, mortal, eterna, clama,
reclama, sueña eternidad y altura.

Mira, Señor, si puedes comprendernos,
esta angustia de ser y de sabernos
a un tiempo sombra, soledad y fuego.

Mira, Señor, qué solos. Qué mortales.
Mira que, dentro, desde ahora, luego,
somos, no somos —soledad— iguales.

MADemoisELLE Isabel, rubia y francesa,
con un mirlo debajo de la piel,
no sé si aquél o ésa, oh mademoiselle
Isabel, canta en él o si él en ésa.

Princesa de mi infancia: tú, princesa
promesa, con dos senos de clavel;
yo, *le livre, le crayon, le... le...* oh Isabel,
Isabel..., tu jardín tiembla en la mesa.

De noche, te alisabas los cabellos,
yo me dormía, meditando en ellos
y en tu cuerpo de rosa: mariposa

rosa y blanca, velada con un velo.
Volada para siempre de mi rosa
—mademoiselle Isabel— y de mi cielo.

ARREBATADAMENTE te persigo.
Arrebatadamente, desgarrando
mi soledad mortal, te voy llamando
a golpes de silencio. Ven, te digo

como un muerto furioso. Ven. Conmigo
has de morir. Contigo estoy creando
mi eternidad. (De qué. De quién). De cuando
arrebatadamente esté contigo.

Y sigo, muerto, en pie. Pero te llamo
a golpes de agonía. Ven. No quieres.
Y sigo, muerto, en pie. Pero te amo

a besos de ansiedad y de agonía.
No quieres. Tú, que vives. Tú, que hieres
arrebatadamente el ansia mía.

THE HISTORY OF THE
 UNITED STATES OF AMERICA
 FROM 1789 TO 1861
 BY
 CHARLES A. BEAN
 VOL. I
 PART I
 CHAPTER I
 THE FOUNDING FATHERS
 THE CONSTITUTION
 THE FEDERAL GOVERNMENT
 THE STATES
 THE TERRITORIES
 THE SLAVE TRADE
 THE ABOLITION MOVEMENT
 THE SECESSION CRISIS
 THE CIVIL WAR
 THE RECONSTRUCTION ERA
 THE GILDED AGE
 THE PROGRESSIVE MOVEMENT
 THE FIRST WORLD WAR
 THE GREAT DEPRESSION
 THE SECOND WORLD WAR
 THE COLD WAR
 THE MODERN ERA
 THE FUTURE OF THE UNITED STATES

THE HISTORY OF THE
 UNITED STATES OF AMERICA
 FROM 1789 TO 1861
 BY
 CHARLES A. BEAN
 VOL. I
 PART I
 CHAPTER I
 THE FOUNDING FATHERS
 THE CONSTITUTION
 THE FEDERAL GOVERNMENT
 THE STATES
 THE TERRITORIES
 THE SLAVE TRADE
 THE ABOLITION MOVEMENT
 THE SECESSION CRISIS
 THE CIVIL WAR
 THE RECONSTRUCTION ERA
 THE GILDED AGE
 THE PROGRESSIVE MOVEMENT
 THE FIRST WORLD WAR
 THE GREAT DEPRESSION
 THE SECOND WORLD WAR
 THE COLD WAR
 THE MODERN ERA
 THE FUTURE OF THE UNITED STATES

THE HISTORY OF THE
 UNITED STATES OF AMERICA
 FROM 1789 TO 1861
 BY
 CHARLES A. BEAN
 VOL. I
 PART I
 CHAPTER I
 THE FOUNDING FATHERS
 THE CONSTITUTION
 THE FEDERAL GOVERNMENT
 THE STATES
 THE TERRITORIES
 THE SLAVE TRADE
 THE ABOLITION MOVEMENT
 THE SECESSION CRISIS
 THE CIVIL WAR
 THE RECONSTRUCTION ERA
 THE GILDED AGE
 THE PROGRESSIVE MOVEMENT
 THE FIRST WORLD WAR
 THE GREAT DEPRESSION
 THE SECOND WORLD WAR
 THE COLD WAR
 THE MODERN ERA
 THE FUTURE OF THE UNITED STATES

M A N U E L L E K U O N A

Manuel Lekuona apaiz oyartuarra, ondo eza-
guna da euskal irakurgaietan ikasiak direnzentzat:
folklore-laria eta olerkaria, ezti eta fiña; bere
euskara garbia da, ta bide batez ulert-erresha eta
atsegifia: erritar koblarien eta Erriko Kantate-
gia'ren ikerle eta maitale denarena bezalakoa.

IESU AURRA-REN BIZITZA

ERESIDUN AUR-POEMATXOA, BOST KANTETAN

ESKEINTZA

Laborde ta Auzmendi'tar M.^a Elenatxori, ta
Laborde ta Auzmendi'tar Blancatxori eskeifia

Prologus

—Elixebatxu, txingo, txingo, txingo,
nora zoaz, brai, brai, brai?

—**Maite**arengana, txingo, txingo, txingo,
maitearengana, txingo, txingo, bai.

—Elixebatxu, txingo, txingo, txingo,
nun dezu maitea, brai, brai, brai?

—**Goiko** Kameran, txingo, txingo, txingo,
goiko Kameran, txingo, txingo, bai.

—Goiko Kameran, txingo, txingo, txingo,
nor bizi da bada, brai, brai, brai?

—Goiko Kameran, txingo, txingo, txingo,
Elizatzua dago, txingo, txingo, bai.

—Elizatzuan, txingo, txingo, txingo,
nor bizi da bada, brai, brai, brai?

—Elizatzuan, txingo, txingo, txingo,
Kutxatilla dago, txingo, txingo, bai.

—Kutxatillatxuan, txingo, txingo, txingo,
nor bizi da bada, brai, brai, brai?

—Kutxatillatxuan, txingo, txingo, txingo,
IESUTXO bizi da, txingo, txingo, bai.

.....

—Elixebatxu, txingo, txingo, txingo,
nora zoaz, brai, brai, brai?

—IESUTXO'rengana, txingo, txingo, txingo...

—Gu ere zurekin, txingo, txingo, bai.

Prologus

«Ai, Pello, Pello» bezela

E-----li-xe---ba--txu txingo txingo, txingo
(ku-txati-lla---txu--an)

no-----ra zo--az brai brai brai; Mai-te-a---ren
(nun de-zu mai -te-a (Goi-----ko ka--

--ga--na txingo txingo txingo mai-te-a---ren---ga--na
(me-ran) (goi---ko ka---me--ran)

txingo txingo bai.
e---li--za-txo-a da--go

Deia

Iesu Aurraren bizitza goaz astera esaten,
 pekatariak beti gogoan eduki dezaten;
 pekatariak beti gogoan eduki dezaten,
 Iesu Aurraren bizitza goaz astera esaten.

Eta auxe lenen:
Nolatan sortu zan Nazaret'en.

Zeruetako Santu guztiai diegu eskatzen
 lagun gaitzaten
 ondo kantatzen.

Spicker

«Andre Brigida» bezela

Jesu Aurraren Bizitza goaz astera e--sa--ten Pekatariak beti
 gogoan eduki de--za--ten; Pekatariak beti go--go---an e---da---ki
 de--za--ten Jesu Aurraren Bizitza goaz astera e--sa--ten E---ta au--
 -xe le--nen; Nolatan sortu zan Na--tza--re--ten Zeruetako Santu guztiai
 diegu es---ka--tzen la--gun gai--tza--ten On--do kan--ta--tzen.

Orain esango degu
 Iesutxoren bizitza,
 abesti politik entzun
 nai duanik balitza;
 abesti politik entzun
 nai duanik balitza,
 orain esango degu
 Iesutxoren bizitza.

—Yoakin eta (i) Ana,
 alaba nun dezuten?

—Ez dagola, ez, etxean,
 ez dagola, ez, emen.
 Yerosolim'en dago
 gure Yave yauresten...
 Ez dagola, ez, etxean,
 ez dagola, ez, emen.

Simeon aiton zarra
 dago Yerosolim'en :
 —Miremtxu nexka polita
 ikusi dezun emen?
 —Uso txuri batek zizun
 emen izena Mirem...
 Orain ezkonberri dago
 gaxoa Natzalet'en.

Yosepe gizon ona
 bizi da Natzalet'en :
 —Nun dezun zure (i) usoa?
 nun dezun zure Mirem?
 —Lanean gaxotxo,
 lan ta otoitz egiten,
 Mesias Salbatzallea
 etor dedin lenbaitlen.

Mesias Salbatzallea
 ba'dator ba oraintxen :
 Yaunaren mandataria
 orain dator zeruren.

—Agur, agur Miremtxu!
 agur, bai, agur, Mirem!
 Zu izango zera (i) Ama
 Aitarearen Semearen.

—Nola diteken ori,
ori nola diteken?
—Goikoak emango dizu
bere itzal ta arnas goen.
Birjin izango zera
beti Ama izan arren...
—Birjin ta Ama nadilla
diozun bezela. Amen.

Cant. I Bidania'ko «Orain kantatuko det» bezela

O-rain e-san-go de-gu Je-su-tzu-ren.
(Ke-si-as salba-tza-lle-a)

Bi-zi-tza A-bes-ti po-lo-tik en-tzun
(Nun dan zu re u-so-a)

Nai da-a-nik ba-li-tza A-bes-ti po-li-tik en-tzun
(Ye-ro-so-li-men)

Nai du-a-nik ba-li-tza O-rain e-san-go de-gu
(Ez de-go-la ez e-tze-an)

Je-gu-tzu-ren Bi-zi-tza.

II kantua

Deia

Iesu Aurraren bizitza gabiltz negarrez esaten,
pekatariak beti gogoan eduki dezaten;
pekatariak beti gogoan eduki dezaten,
Iesu Aurraren bizitza gabiltz negarrez esaten.

Ta auxe bigarren:

Nolatan jaio zan Betlehem'en.

Zeruetako Santu guztiai diegu eskatzen
lagun gaitzaten
ondo kantatzen.

Dan, dan-dan... Maria ta
Yosepe Belen'en
kras, kris-kras... etxe gabe
Gabon izan arren.

—Dan, dan-dan, nor da emen
jauregi onetan?

—Kras, kris-kras, zein da deika
gauko amarretan?

—Dan, dan-dan, eske gabiltz
gauko ostatuaren.

—Kras, kris-kras, ostaturik
ez dago ba emen.

—Dan, dan-dan, nor da emen
etxetxu onetan?

—Kras, kris-kras, zein da deika
gauko amaiketan?

—Dan, dan-dan, beartsu bi;
edeki eiguzu!

—Kras, kris-kras, aberats bi
artuak ditugu.

«Dan, dan-dan, jo dezagun
estalpe onetan.

Kras, kris-kras, sar gaitezen
ortxen illunbetan».

X
Dan, dan-dan, amabiak
Belen'go torrean.

Kras, kris-kras, aingeruak
zeruko atean.

«Dan, dan-dan, aintza goian
ta pakea emen.

Kris, kris-kris, Iesu Kristo
jaio da Belen'en».

Dan, dan-dan, aingeruak
 dan-dan, danboliña.
 Kris, kris-kris, artzaitxoak
 kris-kris, kriskitiña.

Dan, dan-dan, bart Belen'en
 eta bart Belen'en,
 kris, kris-kris, jaio zaigu
 Iesutxu Natzaren.

Kris, kris-kris, jaio zaigu
 Iesutxu Natzaren...
 Dan-danok sar gaitzala
 Berak zerura. Amen.

Cant. II

Plazentziako «Bi eta Iri bider» bezela

Dan Dan Dan Ma--ri----a ta Yo--se---pe Be--len --
 -en Yo--se---pe Be--len----en Kras kris kras e---tze ga--
 --be ga--bon i--zan a-----rren Kras kris kras e---tze ga---
 be Ga--bon i--zan a-----rren.

III kantua

Deia

Iesu Aurraren bizitza gabiltz negarrez esaten,
 pekatariak beti gogoan eduki dezaten;
 pekatariak beti gogoan eduki dezaten,
 Iesu Aurraren bizitza gabiltz negarrez esaten.

Ta au irugarren:

Nola Erregeak gurtu zuten.

Zeruetako Santu guztiai diegu eskatzen
 lagun gaitzaten
 ondo kantatzen.

Trakatan, trakatan, iru Errege
 trakatan, trakatan, Belen'era,
 Belen'en jaio dan Iesu Aurtxo
 trakatan, trakatan, jaurestera.

Beltxor'ek, trakatan, zaldia beltza;
 Kaxpar'ek, trakatan, zaldi gorri;
 trakatan, trakatan, Baldaxar zarrak
 zaldia, trakatan, txuri-txuri.

Trakatan, trakatan, izarra dute
 ain bide luzean gidaria;
 trakatan, trakatan, Yerosolim'a
 craintxe eldu dira ia-ia.

Cant. III (Ambiens)

«Arkutxiki-dantza» bezela

Tra--ka--tan tra-ka--tan i---ru E---rre--ge
 Be---len-en ja--yo dan Ie--su Aur--txo--a

Tra--ka--tan tra-ka--tan Be---len--e--ra 3 Bel--txo--rek tra-ka--tan
 tra--ka--tan tra-ka--tan jau--res--te--ra 4 Tra--ka--tan tra-ka--tan

zal-di--a bel-txa Kax--pa--rrek tra-ka--tan zal---di go--rri;
 Bal-da-zar za--rrak zal-di---a tra-ka--tan txu--ri txu--ri.

ze--ca-ta-txu au Josta illa poli-tak e-ma--te---ra.

—Herodes yauna, nun dan
 Errege Natzaren?
 —Zuek nai dezutena,
 erregerik onena,
 ea dan Belen'en?...

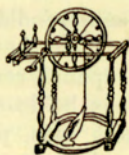
Herodes azal-zuri,
 barren-beltz gaiztoa!
 Itz leunak mingainean,
 bai, bañan biotzean
 zorroztu aiztoa...

Cant. III

Olaeta'ko «Zeru'ko Erregia» bezela

Nun dan E--rre--dee Yau--na E-----rre--ge Na--tza-----
 --ren, E--rre-----ge Na--tza-----ren Zu--ek nai de--zu--
 te--na E-----rre--ge--ri o-----ne-----na E-----a dan
 Be--len--en?

(Jarraituko de)



“ LOLO ”

(CUENTO)

A la señorita Begoña Arruza.

I

Lolo no sabía por qué estaba allí. En realidad no le había importado lo más mínimo los primeros días, pero al fin llegó a aburrirse. Tenía ocho años y una silueta desgachada, nerviosa y enfermita. A él le gustaba jugar con los chicos en la calle, persiguiendo a los gatos y aporreando botes de tomate, pero sus nuevos amiguitos parecían muy serios, no reían nunca y hacían cuanto se les mandaba.

—Niños —sonaba una voz—, a la terraza...

Y todos los niños cogían la manta de la cama y se iban a la terraza, tumbándose al sol. A Lolo le resultaba antipática la voz de aquella enfermera. Además, era una mujer muy alta, seca y agría.

En cambio, la mamá de Lolo tenía una voz muy dulce y unas manos pequeñitas, con dedos que parecían de manteca.

Lolo recordaba confusamente el día en que fué al sanatorio con su mamá. Habían subido una cuesta inmensa, y a mitad de camino su mamá le había cogido en brazos. Después, arriba —casi en el cielo—, había visto mucha gente asomada a unos balcones muy largos. Alguien le había dicho que allí se anidaba la lepra de las cumbres, pero Lolo no lo había comprendido.

Su mamá había llorado y le había besado muy fuerte, muy fuerte, diciéndole cosas que Lolo apenas recordaba. Después, una sala con muchos niños, un pasillo con baldosas, una mujer con una bata blanca... Lolo no recordaba nada más, pero tenía la sensación vaga de que había llorado mucho y los niños habían rodeado su cama, observándole y hablando de él mientras dormía.

Lolo sólo veía a su mamá cada quince días, los domingos por la tarde, cuando venía mucha gente al sanatorio. Entonces se

comían dulces, la salita estallaba de palabras y de risas, y Lolo estaba alegre.

Muchos de sus amiguitos le miraban con pena, y algunos se echaban a llorar, porque nadie había venido a visitarles. Lolo llevaba a su mamá donde sus amiguitos, repartía con ellos los dulces y les enseñaba las cosas que ella le había regalado.

—Esta es mi mamá —decía con orgullo, cogiéndola de la mano— ¿verdad, mamá?

Los niños que no habían tenido visita sonreían apagadamente y movían de un gesto asustado sus cabecitas rapadas. Una vez, la mamá de Lolo rompió a llorar y abrazó a todos los niños, y unos días después envió regalos para todos.

A Lolo aquello no le disgustó gran cosa. En realidad, le gustaba que todos sus amiguitos quisiesen a su mamá, y le alegraba que ella también les amase. Además, Lolo sabía muy bien que su mamá le quería a él más que a todos los niños del mundo.

Al atardecer, cuando se iban las visitas, la sala parecía más desierta y ancha que nunca. Algún niño lloraba, mientras los demás, con angustia de hombrecitos, permanecían silenciosos y se tumbaban sobre el lecho.

Lolo, en cambio, solía salir a la terraza para despedir desde allí a su mamá, y después se quedaba mirando toda aquella gente que volvía a la ciudad. Había mucha, mucha gente. Lolo nunca había visto tanta gente junta.

Y todos iban bajando de prisa, en grupos tristes, volviendo la cabeza y saludando con los pañuelos, mientras muy abajo, como en el fondo de un abismo, comenzaban a encenderse las lucecitas de la ciudad. Todo aquello tenía algo de peregrinación doliente y amorosa, y a Lolo le encantaba quedarse en la terraza, solito, mirando el recodo en el que había perdido de vista a su madre. Al través de los cristales, veía tumbados en la cama a sus compañeros. Pero Lolo sabía que en todas las salas no sucedía lo mismo.

A su lado había un pabellón para mujeres, con amplias terrazas devorando el latigazo de la cumbre. Más allá, como una paloma quieta, como hospital de sangre, un pabellón para hombres.

Lolo había visto muchas veces las terrazas de aquellos pabellones llenas de enfermos que se quedaban mirando a los que habían ido a visitarles. Después, poco a poco, iba anocheciendo y todos se adentreaban en la sala. Lolo no sabía por qué, pero hubiese afirmado que aquellos hombres y aquellas mujeres se ponían muy tristes cuando estaban en la terraza, viendo alejarse el desfile de las visitas.

La última en retirarse de la terraza era siempre una mujer. Un

hombre joven, que casi siempre salía el último, se le quedaba mirando largo tiempo desde fuera. Después hacía un angustioso gesto de mano y caminaba con precipitación, con miedo de dejarse vencer y volver la cabeza, mientras la mujer permanecía inmóvil en la terraza durante mucho tiempo.

Lolo no sabía quién era aquella mujer, pero cada día se sentía más compenetrado con ella, y todas las tardes se asomó a la terraza para mirarla desde lejos. Algunas veces ella no aparecía en la terraza, y Lolo se entristecía mucho y rompía a llorar. Pensó que tal vez ella sufriese mucho y llorase como sus amiguitos. «Cuando venga mamá —se dijo— le pediré que vaya a verla».

Pero cuando vino su mamá no se acordó de decírselo, y más tarde, cuando la gente bajaba a la ciudad, Lolo se asomó a la terraza y se quedó mirando al pabellón de las mujeres.

Lolo no lo comprendía. No es que él se creyese muy listo, pero tenía la intuición de que no era tonto. Además, tenía ya ocho años y sabía pensar por su cuenta. ¿Por qué no estaba allí aquel joven que siempre se le quedaba mirando? ¿Por qué ella no estaba en la terraza...?

Apenas probó bocado durante la cena, y después se quedó en la terraza, esperando en vano a que ella apareciese.

Cuando la enfermera fué a apagar las luces, encontró a Lolo, temblando de miedo y de fiebre, pensativamente acurrucadito, llorando en silencio.

II

La fiebre se le pasó en seguida. Después de estar tres días en cama, el doctor le dió de alta. ¡Era un hombre muy amable, aquel doctor! Lolo se sentía satisfecho cuando le metía un tubito en la boca. De un modo confuso, pensó que sólo a un hombre importante se le metía un tubo en la boca. ¿A que no se lo metían a los «peques»? El doctor le cogía las manos, le hacía reír y le acariciaba la cabeza. Un día, incluso le había traído un caramelo de menta. Era un hombre pequeño, casi tan pequeño y cariñoso como su mamá, de cara gruesa y con unos ojillos muy adentrados en la carne. Con su bata blanca y su maletín, parecía un diablo, pero cuando se estaba con él era diferente. Además, cuando iba sin maletín parecía otra cosa.

—Oye, ¿tú tienes niños? —le preguntó un día Lolo.

El doctor tenía uno. Se lo dijo sonriendo, sentándose en la cama de Lolo y haciéndole sacar la lengua. La tenía un poco blanca

todavía. Aún estaba aquel diablo un poco malucho, pero curaría en seguida.

—Es como tú, ¿sabes?, pero un poco más mayorcito.

—¿Está aquí?

—No, pequeño. —A Lolo le extrañó aquel cambio de voz en el doctor—. No está aquí...

Lolo le dió un rato vueltas a la cabeza. El mundo era algo incomprensible.

—¿Dónde está, entonces?

—En casa, con su mamá.

Aquello era demasiado. Lolo adoptó una postura seria y miró al doctor con sus ojos grandotes muy abiertos.

—¿Y por qué estoy yo aquí?...

El doctor no lo sabía. Sonrió tristemente y le dijo que al día siguiente ya podría levantarse. Lolo se sintió decepcionado. Aquel doctor, por lo visto, era menos importante de lo que él se había figurado...

Por la tarde le trajeron a Lolo un juguete. Era una cajita de madera. Se golpeaba un poco, se alzaba una tapa, y ¡pum, pum! salía un muñeco tocando la mandolina. También le trajeron unos caramelos, pero Lolo no tenía ganas de nada y lo dió todo a sus compañeros. Después se arrepintió, pero se contentó al pensar que obraba ya como una persona mayor. El era ya un hombrecito. Sabía muchas cosas y hablaba con el doctor. La enfermera le decía al doctor de «usted», y él, en cambio, le trataba de tú. Daba gusto estar entre hombres...

Pero, ¿por qué estaba él allí? Era algo que no comprendía. ¡Aquella no era su casa! ¿Y por qué mamá lloraba siempre y «ella» no salía ya a la terraza? Y el muchacho aquél, ¿por qué no venía ya al sanatorio? Pero, él, Lolo, ¿qué hacía allí? ¿Es que el doctor se había enfadado al no decirselo?... Porque él no le había preguntado nada malo, ¿verdad?...

Repitió la pregunta a la enfermera. Pero ella tampoco sabía nada. Al día siguiente, por la noche, Lolo recibió una noticia inesperada.

—¿Sabes? Ha muerto una mujer —le dijo el niño que dormía a su lado—. No se lo digas a los peques...

Lolo le agradeció la confidencia. Le agradaba que su amigo le tratase como a un igual. Porque su amiguito era ya todo un hombre. Tenía la cara apagada, cetrina, las orejas delgadas, planas, grandes, los brazos temblones y esqueléticos. Lolo —no recordaba por qué— le había llamado «Ratón», y desde entonces todos en la sala le llamaban así. En cuanto a «esos peques», Lolo estaba

de acuerdo. Era mejor no decirles nada. ¿Qué sabían aquellos recién nacidos lo que era la vida?...

Recordó a la mujer de la terraza y le vino un mundo de preguntas a la boca. Se repantingó en la cama, bajando le voz al hablar.

—Oye, «Ratón», ¿por qué lloras cuando te besa mi mamá?

Oyó un suspiro ahogado. «Ratón» se tapaba el rostro con las sábanas.

—No tengo mamá.

Lolo se quedó un rato pensativo.

—Oye —susurró quedamente— ¿quieres que mi mamá sea también tu mamá?

Se quedó escuchando. En el pasillo sonaban unos pasos silenciosos. Alguien abría el grifo de la fuente. ¡Qué frío tenía que hacer fuera, en el monte!... Pero el amiguito de Lolo parecía dormido ¿O es que creía que Lolo le había hecho aquella pregunta en broma?...

Lolo sonrió alegremente. Extendió las manos para tocar a «Ratón».

—Pues ya está hecho... Lo quieres ¿verdad?... Tienes mamá —dijo sintiéndose ahogado de felicidad. «Ratón» seguía sin hablar. —Oye... «Ratón»... ¿Estás dormido?... ¿No quieres tener mamá?

Oyó un ruidito estrangulado y vió que «Ratón» se pasaba las manos por los ojos y apelotonaba después el dobladillo de la sábana para meterlo en la boca.

—Sí que quiero, Lolo —dijo al cabo de un rato—; pero no puede ser...

—¿Está lejos tu mamá?

—Sí, Lolo, está muy lejos. —«Ratón» estalló en sollozos—. Está muerta.

—¿Ha ido al cielo?

Pausa. Alguien tosió desde una de las camas de enfrente. Lolo se arrugó en la cama, achicándose, sintiendo súbitamente un sudor frío que le helaba...

—Oye, «Ratón»...

—¿Qué?...

Hablaban muy quedo, con las manos juntas.

—¿Qué vas a hacer cuando salgas de aquí?

—Iré donde está mi mamá.

Lolo se sintió un poco desconcertado. «Pero... —se preguntó—, ¿no está su mamá en el cielo?...». Al través de los cristales vió la terraza sumida en la negrura. «Ratón» le sujetó las sábanas, metiéndoselas bajo el colchón.

—Así, Lolo, no te destapes... Te vas a enfriar.

—No, no... «Ratón» —veía a su amiguito con los ojos húmedos, mirando al techo—, ¿por qué estoy aquí?

—¿No te lo han dicho?

—No.

—Estás malo.

—¿Qué tengo?

—Estás tuberculoso.

—Tuber... —la palabra se le tropezaba a Lolo en la lengua—.
¿Y tú?

—Yo también. Todos los que estamos aquí...

Aquella era una gran noticia. Daba gusto hablar con «Ratón». Siempre lo sabía todo. Lolo permaneció un largo rato pensativo.

—Oye...

Todo silencio. Brillaba una lucecita en el comedor, al otro lado de la sala. «El novato» —un niño escuchimizado y llorón que llevaba dos días con ellos— tosió rabiosamente.

—Oye, «Ratón»...

—¿Qué?

—¿Es malo éso?

—¿El qué?... ¿Eso de estar tuberculoso?

—Sí, éso... ¿Es malo?...

—Pues...

Lolo escuchó, con el oído alerta. Sabía de dónde procedían aquellos sonidos estrangulados, como llanto de insomnio. El «grandote» de la sala lloraba casi todas las noches.

—¿Es malo?... Oye, «Ratón»... ¿Estás dormido?... —vió a su amiguito despierto, inmóvil—. ¿Es malo?...

—Duérmete, Lolo... Eres un crío...

Lolo se quedó aterrado. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No llores, Lolo —rezó la voz débil de «Ratón»—. Me vas a hacer llorar a mí también... Somos amigos, ¿verdad? Tu mamá es también mi mamá... No llores. Vas a despertarlos a todos...

—Sí... Pero... —tartamudeó Lolo—, ¿de verdad crees que soy un crío? ¿Lo has dicho en serio?...

—No, Lolo... Era una broma.

—¡Ah!, —suspiró alegremente Lolo.

Y lo olvidó todo. Acurrucadito, secándose las lágrimas con las manos, se fué quedando dormido lentamente, pensando que él era ya un hombrecito... En cuanto a los demás niños de la sala... ¡Bah!... ¿Qué sabían aquellos «peques» lo que era la vida?...

SAN MIGELEKO IRAUNSUGEA

Leize baten gañeen dagola San Mielgo elizea esaten dooia. Leize ortan denbora bateen Iraunsugea bizi izate ementzan, da gose-tzen zaneen erritara jechi ta egunda berealdiko eriotzaak kristauen artean eitten emen zittuun. Orregati inguru maritako erriik erabagi ementzoeen eguneen kristau bat, suertean ataratzzen zana, Iraunsugeari bialtzea.

Beingo baten neska gazte bati tokau emen zitzayon, t-ala leize atakan ondoon jarri emen zan Iraunsugea noaiz atarako zan zai.

Garai artan mendiz mendi emen zebillen Goñi'ko Zaldune, bur-niz'ko oñetakok eta gerritti beerako kate aundi bat arrastaka urrau arte-ko benitentzie egiñ bear ta.

Alako batean Inparnuko deabrue zaldun bikaiñ baten piguran agertu emen zitzayon, ta oñetakook eta katea urratzeko bere **astasuneekiñ** igortzi bear zitula esan emen tzion.

Deabru-n esana egiñ emen tzon, da oñetakok autsi ta katea osorik geratu emen zitzayon. Baño oñutsik leen aña ibilli eziñ Zal-dun gizajoa, da sekulan kateik urrauko zon uste bage geratu emen tzan.

Bein Iraunsugean leize inguru-ti zijoola ikusi an leen esan de-gun neska gaztea, ta galdetu emen tzion ze: —Zertan zare emen?... Neskak zana zan bezala esan emen tzion gertaera guztie, ta ordun Zaldune bera Iraunsugeen zai jarri emen tzan, neskea bere echera bialdu ta.

Alako batean nun irteten dan leize barrundi Iraunsugea, ta el-du katea-ri ta au tragatu-z badijoo alderatzen Goñi-ko Zaldune-gana. Itsumustu artan... egitten dio onek deadar Sanmiel-i. —«San-miel, lagun zaidazu zuk emen». Esaten dooia zeruun ots bat izen zala: —«Miel, ire deie dek mundun» —«Ni ez naiz zu bage jun-go, Jaunie» —erantzun emen tzion Sanmiel Aingeru-k, ta jechi Aralar mendi-ra Jaungoikoa burun zola, ta bere ezpata zorrotzakiñ moztu emen tzion lepoa Iraunsugea-ri, ta baitta arekiñ batean Go-

ñi-ko Zaldun-en katea ere. Olashe onek bere penitentzie erabat bete emen tzon.

Andishe emen da egiñe leize aren gañen Sanmiel-go elizea.

Nora.—Esta leyenda se refiere al Santuario de San Miguel de Excelsis en el Aralar navarro. Contada al señor Barandiarán, en 1919, por José M. Auzmendi, de Ataun. Se hallan recogidas otras variantes de esta leyenda; y similar, de otros puntos del País, y aún de muy lejos; hasta en Finlandia.

JENTILLEN AKABEREA

Jentillek Leizai-ko (1) koba baten bizi zirela, sekulako izarr eder bat odeietan agertu emen tzan. Alako izarra ikusi zueneen jentill oriik erabat ikaratu ta, mundun ze gertau bear ote zon ezin asmaurik emen zebiltzen.

Alako bateen, koba barrun erdi itsututa zegon jentill zaarr bat ataka aurrera atara ta zabaldu endaiekiñ betazalak ta odeietara beira jarri emen zoten ark izarr ari zer zan antz emango ziola ta.

Baitta ikusi orduko deadar egiñ ementzun, ze: «Ah nere umeeek! Kishmie jayo dek, galduk gaittuk orainche. Bota nazazuya ni emendi gain beera». Jentillek Jesukristo-ri **Kishmie** deitzen emen tzioten, **Kishmik** herriz chimue esan nai emen du.

Berak esan bezala, mallook bera amilka bota emen tzotien, t-ala jentill zaarra ill emen zan. Gero kristiandadea mundun zabaltzen asi zanen, jentill danak sakabaneu ta beela galdu emen ziren.

AZKENEKO MAIRUK

Mairúuk zolúutan (2) bizitzen emen ziren. Ordún lañoik etzen ikusiko noski, ta bein batin laño polit bat agertu emen tzen zerúun ta denak arrituta geldittu emen ziren. Attona zar-tzar bat bai emen zuten, aspalditan itsu zagona, te lañúuk zer esan nai zun archek jakingo zula ta, zolo-ko choko batiin zegon tokitik artu ta atarira ar-

(1) *Leizadi* es un monte de Ataun donde existen dos cuevas que dicen sirvieron de morada a los gentiles. Los cuentos y leyendas del tiempo de los gentiles nos hacen suponer que éstos eran de hercúleas fuerzas y de dimensiones colosales. Publicaremos con gusto los relatos que sean inéditos o variante de los conocidos, siempre que estén transcritos con naturalidad. Este que publicamos procede de J. M. Auzmendi, de Ataun, y su investigador don José M. Barandiarán, en 1917. ¿El apelativo *Kishmie* no derivará de la grafía *Ihs-Ma*?

(2) Zolu, zulu, cueva.

gitara atera ementzuten. Itsua nola baitzen, basora jun ta pago urkulluk egiñ ta pago urkullúu-kin begiyak ereki ementzizkaten

Attona sharrak lañua ikusita «gaztiak —esan emen tzun— gaztiak, gure denbora jon duk; Jesus mundura jayo duk eta gu galduuk gattuk».

Ori esan, ta denak kuzkur-kuzkur zolúun sartu ta, acabo, ez emen ziren geyago sekulan atera.

Orretik esaten zigun askotan attonak zerbaiten trabatu-ta eroritzen giñanin: «Mairuai bezela pago urkulluakin begiyak zabaldu bearko ote izkitzutegu?».

NORA.—Contado a Manuel Lecuona por Juan M. Portu, de Oyarzun, en 1920. En unas leyendas los seres extraordinarios son gentiles, en otras *Mairuk*: no es seguro que siempre quieran significar *moros*; como a primera vista parece.

MUSKI-KO JENTILLA

Muski-ko koban (1) bizi zan jentill batek kristau bat beñ arrapau emen tzon.

Eta kobati aldegiñ etzezan arrigarritz-ko eraztun bat eskuko beatz batean sartu ementzion «emen nago, emen nago» deadarka beti egotentzana.

Beingo baten kristau ori, jentillek pillaatuta zeusken ardi narru arten izkutu ementzan.

Eraztun-en otsa urruti shamarreen iruditzen nunbait jentilleeri, eta kampoti ote zan berean jarri ementzan. Zabaldu atea eta irte ten da kobati. Ba-tta besteek ordun, astindu gañeko narrupillea ta sekulako lasterrari eman da jesus baten andi aldegiñ ementzon. Aitzen du jentillek eraztun-en otsa ta badijoa lasterka gaindi bera bere atzeti.

Kristauek beela bere bururi etsi ementzion ordun. Baño alako bateen bururatsen zayo arri batekiñ moztu beatta eta bere eraztunee kin Mikola, aldeko ibaira bota bear dola. Ta baita egiñ ere gizonak.

Gero jentille atzeti Mikola-alderaño irichi zaneen osiñeko eraztun-en otsa aittu ta bertara, kristaue an zegolakoan, jauzi ta an itto ta geratu ementzan.

(1) Musquia es un monte de Ataun; cerca hay una gruta donde se cuenta habitaron los *Basajaun*, y el gentil de esta historia. Es corriente esta leyenda de Tártalo, entre las nuestras en forma similar a la de Polifemo de Homero. Contada por J. M. Auzmendi a don José María Barandiarán.

A LA MEMORIA
DE JOSE MARIA BELDERRAIN

Nada más propio que la dedicatoria de un recuerdo a José Mari Belderrain en las páginas de «EGAN». Se lo merece quien, como él, fué escritor —y escritor distinguido entre los nuestros— por decidida vocación y temperamento.

José Mari Belderrain era conocido, en los últimos años, por sus críticas bibliográficas en «La Voz de España» de San Sebastián. Sin embargo, este aspecto de comentador de libros no agotaba, ni con mucho, lo propio y sustantivo de su personalidad. Sí aparecía en sus notas periodísticas el punto de mostaza de su ingenio cáustico, la agudeza de visión y el golpe rápido del dictamen que valora los méritos o los rebaja con absoluta independencia de criterio. Belderrain, empero, era más bien creador en el campo del teatro y de la novela y cuento cortos.

Es muy interesante, de comienzo, señalar la postura de José Mari Belderrain ante la vida, ya que, sin ello, resultaría truncado su retrato. Excepcionalmente original y divertido en sus cosas, trataba con contadísimas personas, hasta tal punto que, en temporadas, era yo sólo quien poseía el secreto de su incógnito paradero. De nativa aristocracia de espíritu, se bañaba permanentemente en un desprecio instintivo e infinito por todo lo rastroso y vulgar. Sus amigos recordamos aquel característico gesto suyo de altivez, entre ofendida y burlona, con la frente erguida y un dibujo de desdén en la comisura de los labios... Sí, tenía el aire inequívoco de un señor feudal trasplantado a nuestro siglo, y le iba como de molde el grito de «¡arqueros, a mí!» que le oímos en alguna ocasión.

Aborrecía la intriga, el uso de valedores que le sirvieran de trampolines para medrar. Envuelto en sí mismo, en su mundo interior, muy seguro en la fortaleza de su desprendimiento de la sociedad y de los hombres, Belderrain semejaba un islote áspero y bravío entre sus coterreos. Y, a pesar de ello, no era hurafío ni descortés. Los complejos de inferioridad y resentimiento no se albergaban en su ánimo. Yo puedo atestiguar con qué nobleza y sinceridad de intención abría su espíritu a los escritores incipientes, primerizos que siempre encontraban en él la impresión desinteresada y justa. El amargor del escéptico y del frac-

sado no se dieron nunca en Belderrain, por la clara razón de que jamás especuló con su nombre literario; muy al revés, se reía con la risa de quien se siente superior de los que cotizaban esos valores en el aprecio de los demás. El iba derechamente por el limpio trazado de su órbita de libertad e independencia, sin envidiar a nada ni a nadie.

Dotado de ingenio felicísimo, resultaba un regalo oírle en conversación, disqueteando sobre autores y libros. Era su espíritu el espíritu redivivo del Puck shakespeariano, travieso y enredador, rápido para el guiño y la sorpresa de la frase ocurrente y lapidaria. Su ángulo de visión de la literatura lo colocaba muy alto, dominando extensos horizontes, pues leía y asimilaba incansablemente. Su hambre y capacidad de lectura eran pasmosas. Herido ya de muerte, en los días postreros, me confesó oprimido por la fatiga: «Hoy es el primer día de mi vida en que no he podido leer nada».

Los que le conocieron, de vista al menos, en San Sebastián durante los últimos años, conservarán su imagen inconfundible cuando salía despaciosamente por la calle Mayor, a eso de las once de la noche, con aire pontifical y un buen rimerero de libros bajo el brazo.

* * *

La vida de José Mari Belderrain se desarrolló siempre bajo el signo de lo sibilino y fabuloso. Por los años de la República, mis amigos bilbaínos y yo le contemplábamos, desde la perspectiva de nuestra minoridad, como a un ser mítico y superior por su apariencia de dominio y rebeldía. De dominio, sí, porque se exhibía siempre con aquel gesto despreocupado y augusto de Gran Duque Alexis en el destierro. Y también de rebeldía, porque le molestaba el roce de la sociedad del siglo xx y no se recataba en proclamarlo. Aquí de aquello que se contaba de él, muy propio, cuando, en cierta ocasión, con monóculo y una fusta, pretendía abrirse paso entre los obreros socialistas, apostrofándoles: «¡Atrás, plebeyos!».

A veces desaparecía por el escotillón, viajero de algún viaje que, en nuestra sospecha, lo presentíamos interplanetario. Luego, al cabo de tiempo, volvía a recalar en el mostrador del Iruña. A lo mejor había estado en París, y, de su estancia, nos traía el relato de cierto encuentro con la «Sûreté», a cuenta de haberse sentido un «camelot» más y voceado su lealtad a los Guisa en la Plaza de la Concordia.

Conocía muy bien la literatura francesa y mantenía relación y correspondencia con escritores contemporáneos, como Daniel Rops, que ahora recuerde. El mismo escribía en francés, directamente, alguna de sus obras, con preferencia de teatro. «Voy a llevarle esta obra, en mi primer viaje a París, a la admirable Ludmila Pitoëff». Luego no llevaba nada o lo perdía. En cierta ocasión, nos citó en el Iruña de Bilbao a varios amigos. Iba a dar lectura a su obra «Judas», escrita en francés, comedia donde campeaba un exquisito sentido del humor (se hablaba de la cabellera merovingia de Sansón) y conocimiento de la técnica del teatro, hasta con aparición de «coros», al estilo de la tragedia griega. Antes de proceder

al rito de la lectura, Belderrain ordenó que le sirvieran el último «Napoleón» con soda (llamaba «Napoleón» a un coñac que no hubiera llegado ni a «caporal» en Austerlitz). Sacó pausadamente del bolsillo derecho de la americana el acto primero; el segundo del izquierdo, después de algunas vacilaciones y tanteos; el tercero se lo había dejado en casa.

El no había nacido para lidiar con empresarios de teatro ni editores. Escribía por inclinación vehemente, por necesidad espiritual de altura y oreo. Si se fuera a buscar lo propio y específico de su personalidad de escritor, habría que encontrarlo en lo suelto y certero de su prosa, en el humor e ingenio maravillosos y en aquella penetración psicológica tan diestra y profunda en el alma y situaciones de espíritu de sus personajes. Aquí es donde el talento de Belderrain se mostraba con todos los quilates de su valía. Sirva de exponente «El fin del mundo», esa espléndida comedia, plena de originalidad y felices aciertos.

Le gustaba la greguería y sabía administrarla a su tiempo. En algún sitio dijo o escribió que «la escopeta de cañón doble es la flauta del dios pán-pán». Tenía una risa abierta, franca, y un picaresco fulgor de pupilas, a través del cual veía el mundo y sus cosas con la filosofía de un nuevo Diabolo Cojuelo. A sí mismo se llamaba Mefisto, y se reía al considerar que algo le vinculaba al personaje de Goethe. Una vez me visitó en el Seminario de Vitoria, y le hice recorrer su gran biblioteca. Al fin, me dijo: «Estoy por escribir un artículo sobre esta visita mía. Se podría titular: Mefisto en el Seminario». Y lo decía riéndose, con aquella voz ronca y aquel tono y modo inconfundibles de silabear, entre cómico y sentencioso...

«Su obra queda, desdichadamente, muy dispersa e incompleta. Escribió bastante y publicó en menor escala. Apenas le interesaba esto último. El era, fundamentalmente, creador en el campo del teatro, del cuento y la novela, y se satisfacía con el vuelo de la imaginación a través de los personajes y situaciones forjados en su quimera. Nadie que leyese algo suyo, en ese estilo, podría sustraerse a la impresión de su talento, de su perspicacia en el análisis y paratomía de los afectos, de los mundos privados y ensueños de sus marionetas.

«Cuando yo muera, mis biógrafos se echarán los trastos a la cabeza y no se pondrán de acuerdo sobre mi edad», me dijo más de una vez, con aquel modo «exabrupto» tan de su ingenio. Lo cierto es que él se había plantado en los treinta y doce o treinta y trece años, poco más o menos, y allí se mantenía impertérrito ya hacía tiempo.

El humor y la gracia, los conservó hasta el fin, aun en la crisis definitiva de su enfermedad. «Llevaré fama de «alperra» (indolente, en vascuence), pero cuando falte, seguirán apareciendo mis artículos». Y se cumplió cabalmente su vaticinio.

Los últimos años se convirtieron para él en lento y doloroso peregrinaje por los sanatorios, en busca de la salud que ya no recobraría nunca. A la más leve mejoría se sentía de nuevo con arrestos de optimismo y trabajo.

La crisis final le sobrevino en el verano del pasado año. Desde su soledad y silencio —las dos corazas que le ampararon siempre— me llamó

con urgencia al Sanatorio. Entre sus amigos contados me elegía a mí. Quería verme de nuevo, hablar, recibir mi bendición sacerdotal, besar mis manos recientemente unguadas... Si, José Mari Belderrain mantuvo siempre, «de su alma en el más profundo centro», un venero de insobornable ortodoxia. Gustaba de vestirse a veces, fuerza es reconocerlo, de un ropaje de vaporoso y coloreado «volterianismo», pero eso mismo, en su aprecio, no poseía más valor que el de una «boutade», de la que él era el primero en reírse. En cierta ocasión veraniega le acompañaba yo, le dirigía a la última misa de domingo en el Buen Pastor de San Sebastián. Le agobiaba la reunión de muchedumbres. «Esto de que haya que ir a misa los domingos, con tanta gente, es realmente fatigoso —me decía con fingido aire cansino—. Encuentro que sería mucho más razonable que el precepto dominical obligara los lunes, y así estaríamos más holgados en la iglesia».

Conservó hasta el fin su ilusión por leer, por aquel ventaneo sobre autores y libros, de que tanto gustaba. Me queda el consuelo de haber alegrado sus últimos días, confortándole con el calor de amistad y recuerdo de todos los que me encargaban que se lo hiciera llegar. De haber realizado hasta sus encargos finales de libros y revistas, cuando le quedaban ya muy pocos días de vida. De haberle enviado, en vísperas del gran viaje, las últimas «friandises» de Ayestarán y Goya, que le regocijaban como a un niño...

José Mari Belderrain murió con la paz del creyente el 7 de octubre de 1947, en la fiesta de Nuestra Señora del Rosario. Los que sólo le conocieron de lejos, sin calar en su alma, quizá le considerarían como a un ser atrabiliario, fabuloso, digno de ser emparejado con Diógenes a la hora del tonel y la linterna. Lo cierto es que Belderrain fué un hombre de talento finísimo, abierto a todos los vientos, cordial y expansivo. Tuvo la elegancia de espíritu suficiente para vivir apartado del comercio literario, del «toma y daca» del cálculo y la intriga. Aquel soberano, olímpico desprecio del dinero y la sociead y los hombres en lo que tienen de artificioso y falso, resultaba en él algo consubstancial a su personalidad. La muerte le encontró así, desprendido de todo, derechamente enfocado hacia lo sobrenatural e imperecedero.

Descanse en paz su espíritu noble, de caballero castellano del medioevo. Sus amigos no olvidaremos nunca aquel perfil, abroquelado de soledades y silencios. Aquella generosidad y largueza de alma, de gran señor. Aquel ingenio fértil que provocaba las risadas más limpias y espontáneas, las que encienden los ojos, esponjan el corazón y de él ahuyentan los sueños turbios... descanse en la paz de la Belleza Suma.



PUBLICACIONES
DE LA
REAL SOCIEDAD VASCONGADA
DE AMIGOS DEL PAIS

MONOGRAFIA DE D. XAVIER MARIA DE
MUNIBE, CONDE DE PEÑAFLOIDA
por Gregorio de Altube.

LA EPOPEYA DEL MAR,
por M. Ciriquiain-Gaiztarro.

PASADO Y FUTURO DE LA REAL SOCIE-
DAD VASCONGADA, por José María de
Areilza.

HISTORIA DEL MONASTERIO DE SAN TEL-
MO, por Gonzalo Manso de Zúñiga
y Churruca.

ELOGIO DE D. ALFONSO DEL VALLE DE
LERSUNDI, por Joaquín de Yrizar.

BREVES RECUERDOS HISTORICOS CON
OCASION DE UNA VISITA A MUNIBE,
por Ignacio de Urquijo.



REVISTAS

BOLETIN DE LA REAL SOCIEDAD VASCON-
GADA DE AMIGOS DEL PAIS.

Ejemplar suelto: 15 Ptas.

Suscripción anual: 40 »

EGAN: Ejemplar suelto: 4 Ptas.

Suscripción anual: 14 »

Suscripción anual conjunta a BOLETIN y
EGAN: 50 Ptas.

Redacción y Administración: Museo de San Telmo
SAN SEBASTIAN



ESCELICER, S. L.
SAN SEBASTIAN